

Sobre el momento actual de la Educación, con Federico Mayor Zaragoza



PARA conocer los problemas de la educación española en su perspectiva actual y en el marco más amplio de las exigencias educativas en un mundo en crisis que necesita poner al día

—*La primera cuestión sería si esa protesta que ha tenido lugar en España, sobre todo de estudiantes de enseñanza media, pero también de estudiantes universitarios, crees que es algo excepcional o es más bien algo que va a multiplicarse en los países europeos occidentales.*

—Creo que tiene, como toda manifestación colectiva, varios componentes. Hay reivindicaciones puramente técnicas; hay otras políticas; otras son «añadidos» de quienes hacen de la reivindicación un sistema de contestación al Gobierno e incluso al Estado, pero en esta ocasión el componente mayoritario es, en mi opinión, el que refleja la carencia de horizontes por parte de la juventud. Precisamente la protesta es más airada cuanto más nos acercamos a jóvenes que todavía no se han incorporado a la universidad. En la universidad la protesta no ha revestido hasta estos momentos caracteres significativos. Por otra parte, no se circunscribe al modelo español, sino a aquellos sistemas, que también existen en otros países, en los cuales el cambio educativo no se ha efectuado, y siguen existiendo unas estructuras y una maquinaria extraordinariamente anacrónicas. Pienso que, de un lado, refleja en el fondo un cierto grado de desilusión, y, de otro, el hecho de haberse producido en los últimos veinte años lo que Alexander King denomina «la gran transición»...

—*¿Que transición es esa?* —La transición debida al progreso científico y técnico,

con grandes implicaciones de índole laboral y económica. La producción ya no se centra en personas que realizan trabajos de rutina con sus brazos, sino en quienes utilizan la capacidad creadora distintiva de la condición humana. Esta transición se ha producido en muy poco tiempo: hace menos de veinte años España exportaba mano de obra al resto del continente europeo. En estos momentos, realizan muchos trabajos con gran celeridad y perfección unos aparatos automáticos que poseen la «fuerza» pero que carecen de la capacidad propia de los seres humanos, por lo que se incrementan progresivamente los empleos en servicios frente a las labores de producción. Aunque España sigue teniendo una considerable proporción de población dedicada a la agricultura y todavía existen una serie de vestigios del pasado en nuestros estratos laborales, con funciones manuales y rutinarias..., lo que es cierto es que se ha producido el desplazamiento del hombre por la máquina, y este hombre desplazado necesita una recualificación, actualizar sus conocimientos. Me gusta decir que se ha pasado, en muy poco tiempo, de la «mano de obra» a la «mente de obra»: lo que necesitan las empresas, lo que necesita el país es la capacidad innovadora, la imaginación, el nuevo enfoque, la utilización de nuevos métodos.

Cuando esta es la realidad a la que debemos enfrentarnos, seguimos teniendo un sistema laboral basado en índices de productividad tal como se expresaban en el ejercicio tradicional de la fabricación, seguimos teniendo un sistema económico enraizado en fórmulas totalmente sobrepasadas por los acontecimientos. En consecuencia, los horizontes que se ofrecen a nuestra juventud son sombríos y pertenecen a otro contexto. Los jóvenes se dan cuenta de que en muy pocos años se les han ido cerrando una serie de expectativas de empleo, aunque se trate de los empleos ya superados por la realidad. Se les inculca, además, el sentimiento de excedencia, de reboamiento, de masificación: hay demasiada gente que quiere acceder a los niveles de enseñanza superior. Es verdad que ha habido un incremento extraordinario en los últimos años, que será mayor todavía a medida que el medio rural aumente las posibilidades de acceso al sistema educativo superior, que no debe ser privilegio de unas clases mejor dotadas económicamente. ¿Puede decirse que la universidad está masificada? Yo no creo que lo está. Lo que sucede es que hay poca universidad y que no nos hemos adaptado a las exigencias del tiempo moderno. Existe una permanente negación de la realidad por parte de la sociedad española y de la sociedad occidental, con notables diferencias, bien entendido, entre unos países y otros. Ya no hablo del bloque socialista. Estimo que la negación de la realidad, no darnos cuenta de que el progreso científico y técnico ha modificado de raíz el contexto social, económico y laboral, es el origen de la mayor parte de nuestros problemas. Las estructuras laborales han cambiado en poquísimos años desde la producción a los servicios, y la mujer ha

*«SEGUIMOS TENIENDO
UN SISTEMA
ECONÓMICO
ENRAIZADO EN
FORMULAS
TOTALMENTE
SOBREPASADAS
POR LOS
A CONTECIMIENTOS»*

«HOYES EL
CONOCIMIENTO
EL QUE CONFIERE
EL PODER, EL QUE
CONFIERE LAS
POSIBILIDADES
DE ACTUACIÓN»

irrupido en el mercado del trabajo. Todo esto ha producido una convulsión extraordinaria y, sin embargo, seguimos prácticamente con los mismos sistemas económicos, con los mismos sistemas laborales, con los mismos sistemas educativos que hace cuarenta años, sin reparar en la gran transición que representa haber sobrepasado el rasante que conduce a la economía del conocimiento. Hoy es el conocimiento el que confiere el poder, el que confiere las posibilidades de actuación. Pienso que es en el campo de la economía donde es más urgente una profunda revisión, una mayor originalidad, unos enfoques más imaginativos, para encarar debidamente la realidad actual y para que surjan, como surgieron a principios de siglo, a finales del siglo pasado, unas teorías, unos pilares ideológicos, el capitalismo y el socialismo, que hicieron frente a la realidad de entonces. Pero ninguno de ellos pudo prever cuál sería la realidad a fines del siglo XX.

—Quizá, eso es lo que explica, por un lado, la espontaneidad un poco angustiada de los estudiantes y al mismo tiempo la falta de reacción inicial de la propia sociedad.

—La sociedad no tiene que esperar a oír aldabonazos de esta naturaleza para darse cuenta. Siempre se mira, cuando sucede algo así, al ministerio correspondiente y al Gobierno. Quede claro que no pretendo exonerar a la Administración de las responsabilidades que le son propias, pero quiero decir con toda sinceridad que la presión social, la atención social debe ejercerse de forma permanente, si realmente se considera que es un tema del máximo relieve. La lucidez consiste en prever estos problemas y plantearlos diciendo: «Esta es nuestra prioridad fundamental.» Un país, en la era del conocimiento, será importante y competitivo si tiene y aporta conocimientos, si sabe reconocer el progreso foráneo e incorporarlo, adaptarlo, hacer la versión adecuada, en lo cual han sido maestros los japoneses durante muchos años. En una palabra, tener al menos las antenas dispuestas para poder captar el fruto de la innovación y de la imaginación ajenas.

La universidad española ha estado en calma y hemos exclamado: «¡Está en calma!» ¡Que bien!. No, a mí la calma no me gusta. Especialmente la calma en la juventud me preocupa profundamente. Como dicen en Centroamérica, «cuando el volcán calla, mala señal»... La juventud tiene que expresar continuamente sus anhelos, qué es lo que espera de la sociedad. El horizonte que se les ofrece no es alentador. Desde un punto de vista ecológico —y creo que no se trata de previsiones agoreras— la realidad actual es que estamos ante una degradación de la biosfera de consecuencias imprevisibles. Y esto la juventud lo ve y lo siente. Es indudable que se hace demagogia sobre la degradación del medio ambiente, pero también lo es que la lluvia acida la tenemos aquí. El invierno nuclear se producirá si se comete la locura del enfrentamiento atómico, pero la lluvia acida corroe ya la piel de la tierra. Y nuestros alimentos, sobrecargados de sustancias (plaguicidas.

fertilizantes, etc.) que con frecuencia se utilizan sólo por intereses económicos; y el «agujero» de ozono en el Polo Sur, que actualmente preocupa a la comunidad científica internacional porque no se sabe exactamente su origen, sin referencias preteritas, y si puede tener, dentro de treinta o cincuenta años, consecuencias desfavorables... Es decir, considero una ligereza preguntarse extrañados: «¿Qué les pasa a los chicos? ¿Qué quieren? ¿La selectividad no les gusta?» No, no. Hay razones más hondas, que motivan el grito. El futuro del mundo depende, en primer término, de que siga siendo habitable dentro de cincuenta o cien años. Por intereses económicos no se filtran debidamente las emanaciones de las chimeneas. No se adoptan las garantías mínimas de coherencia ecológica y de reconversión de los productos artificiales que cada vez son superiores a las naturales... El panorama ecológico no es, en resumen, esperanzador. En relación a un futuro apacible, tampoco las previsiones son favorables debido a la amenaza de una conflagración nuclear. Si, además de todo esto, les decimos a los jóvenes que la universidad está masificada, cuando tendríamos que procurar estudios superiores a cuantos más mejor, es lógico que no comprendan casi nada. Sólo los cultos son ciudadanos libres.

La universidad está masificada si se pretende que todos los que acceden a la enseñanza superior deben terminar, contra viento y marea, sus estudios y obtener un título que les faculte para prestar un servicio a la sociedad. Pero si se admite que se trata de comprobar quiénes son los que, por su talento y su esfuerzo, logran una mejor cualificación para servir a la sociedad adecuadamente, entonces no está masificada. En la línea de salida, cuantas más posibilidades de participar en la carrera y mayor número de metas se ofrezcan, mejor. Es en los requisitos para la permanencia y la llegada en donde está la clave de esta «carrera» de la que depende el nivel cultural y la capacidad de respuesta de un país. Se precisa una redefinición conceptual del conjunto y no parches de algunas parcelas. Ahora se piensa —engañándose padres e hijos— que la universidad es un sitio donde, al término de los estudios —aunque haya sido a trompicones—, se consigue un título que capacita para, de manera vitalicia, tener asegurada la situación económica. Vitalicio y calidad no suelen ir de la mano.

En una palabra, en esta gran transición nos hallamos ante una realidad configurada por el desarrollo científico y tecnológico absolutamente distinta a la que teníamos hace unos años, y ni nuestros sistemas políticos, ni nuestros sistemas económicos, ni la maquinaria de los gobiernos se han adaptado a ella, hasta tal punto que uno de los temas que hoy están planteados de manera más apremiante, a escala internacional, es el de la gobernación. Hemos llegado a la conclusión —y digo «hemos llegado» porque en varias organizaciones internacionales estamos trabajando sobre esto— de que hoy las

«EN LA LINEA DE SALIDA, CUANTAS MAS POSIBILIDADES DE PARTICIPAR EN LA CARRERA Y MAYOR NUMERO DE METAS SE OFREZCAN, MEJOR»

riendas del «nuevo poder» no están ya en las manos de los ejecutivos. Un mundo global, un mundo progresivamente complejo, en que se está poniendo en causa, por primera vez a escala planetaria, la propia supervivencia de la humanidad por el deterioro ecológico o por la amenaza nuclear. Todo esto ha hecho que los sistemas de gobierno tradicionales hayan quedado, también, superados. En este encuadre, la juventud se da cuenta de la bruma que le rodea y de que nadie les proporciona faros ni orientación ni guía. Sólo se les dice: «La selección es necesaria y justa.» No hay discrepancias en el principio... pero ¿cómo se hace? Mediante unas pruebas de selección absolutamente injustas. Soy partidario de que a la enseñanza superior accedan quienes se lo merezcan por su esfuerzo o por la brillantez de sus cualidades intelectuales, pero de aquí a que se hagan unos exámenes en uno o dos días, evaluados por la técnica de la «plantilla», hay un abismo.

—*Antes de ese momento, se ha trasladado, por así decirlo, la protesta de la enseñanza universitaria a las enseñanzas medias. Ahora tenemos un interrogante, ¿tienen que ser modificadas las enseñanzas medias?*

—Cuando se comenta que «sólo protestan los alumnos y profesores de las enseñanzas medias», surge la pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué no protestan los que están ya en la universidad? Porque ya están. ¿Por qué no protestan ahora los profesores que hace unos años, cuatro o cinco, decían: «El hecho de que los catedráticos sean vitalicios va en contra de la calidad de la enseñanza.» Y tenían toda la razón. El artículo 103 de la Constitución establece que el servicio público se basa en la competencia y el mérito. Siempre he sido partidario de que ninguna competencia es vitalicia. No hay ningún sabio que sea vitalicio. Tiene que haber una actualización permanente. Y todos aquellos que estaban protestando, con toda la razón... ¿por qué han callado ahora? Porque les han convertido en vitalicios. Hay dos maneras de acallar las voces de los disidentes: la mordaza y las concesiones. Concesiones prematuras han silenciado —lo que es humanamente muy comprensible— las voces contestatarias.

—*¿Es peligroso, sobre todo para el futuro, la forma en que se está seleccionando ahora al profesorado universitario?*

—Es muy peligroso. Y conste que no es algo que recaer exclusivamente sobre los hombros del actual Gobierno. En España, tradicionalmente, los profesores universitarios son funcionarios del Estado. Es un error. Un error que se incrementa a medida que la aceleración es mayor, que la actualización es más indispensable, que las cualificaciones para ser profesor deban ser más exigentes. En esta situación, la incorporación del profesorado de por vida es un error craso. En el proyecto de Ley de Autonomía Universitaria que, con el acuerdo del Partido Socialista, sometí al Congreso de los Diputados y aprobó la Comisión de Educación y Ciencia, se establecía, al igual que en países muy avanzados en este

«EN ESPAÑA,
TRADICIONALMENTE,
LOS PROFESORES
UNIVERSITARIOS
SON FUNCIONARIOS
DEL ESTADO.
ES UN ERROR»

orden, un sistema de contratación que conducía, en su momento, a una situación permanente...

—*Los profesores tendrían, pues, que ser funcionarios de la universidad.*

—Este tema, esencial para una universidad de calidad, está resuelto en otros países. Los españoles nos empeñamos a veces en descubrir el Mediterráneo. Las fórmulas para la incorporación del profesorado y del alumnado están resueltas, con los ajustes periódicos que son aconsejables, en otros países. ¿Qué es lo que pasa? ¿Cuál es la clave de nuestro futuro?: tener mayores conocimientos. ¿Dónde se aportan y difunden los conocimientos?; en los centros de enseñanza superior, por quienes han tenido la posibilidad de incorporarse a mecanismos de innovación y de generación de nuevos conocimientos. ¿Conseguiremos un cierto desarrollo propio o seguiremos mojando nuestro bizcocho en taza ajena? De momento disponemos de una moratoria hasta el año 1992 en la Comunidad Económica Europea. Pero en el año 92 se nos habrán terminado las patentes de procedimiento, una hábil manera de disfrazar la ignorancia: o somos capaces de competir en la intemperie de la innovación o no tendremos nada que hacer. ¿Por qué? No sólo porque el Gobierno no se haya ocupado —sin quitarle la parte de culpa que pueda tener— de fomentar y encauzar la creatividad española, sino por la atonía general de la sociedad. ¿Qué ha hecho la sociedad? ¿Qué han hecho los bancos? ¿Se han preocupado de la universidad? ¿Qué ha hecho la industria? ¿Se preocupan de colaborar con la universidad y con los centros de promoción de nuevas ideas? Hasta ahora era más fácil adquirir el fruto del esfuerzo creador ajeno. En lo sucesivo, lo más fácil será dejarse adquirir, pura y simplemente, por las grandes empresas extranjeras... al precio de seguir siendo un país subdesarrollado.

—*Me pregunto si ¿apropia universidad se ha preocupado de contactar con la empresa privada.*

—La universidad —en esto soy testigo de excepción— ha intentado en muchas ocasiones establecer y fortalecer estos contactos. Es cierto que nos cuesta salir a la plaza pública, cómodamente instalados en nuestras torres de marfil. Pero también lo es que ni se ha confiado en la comunidad académica y científica ni se han necesitado sus servicios. Los contactos entre la universidad y el sector privado han sido facilitados por fundaciones y un restringido grupo de empresarios, pero la verdad es que la colaboración no ha sido imprescindible ni perentoria, porque hemos seguido disfrutando de la innovación y de la imaginación foráneas.

—*Yo me refería más bien a ¿la universidad ha exigido para sí misma autonomía, tiene verdadera conciencia de que para ella la autonomía es imprescindible?*

—La universidad no es autónoma porque, como antes

«LA UNIVERSIDAD NO
ES AUTÓNOMA
PORQUE, COMO ANTES
DECÍA, CARECE DEL
APOYO SOCIAL
NECESARIO»

«NO HAY POSIBILIDAD
DE CONTRATAR
DISCRECIONALMENTE,
RÁPIDAMENTE,
CON RETRIBUCIÓN
AJUSTADA A SU VALÍA
Y PRESTIGIO, A
LOS MEJORES
PROFESORES»

decía, carece del apoyo social necesario. Como no tiene recursos propios, el 95 por 100 de los fondos proceden del Estado (Administración Central o Comunidades Autónomas), en una palabra, de la Administración. Esta dependencia se acentúa por una reglamentación muy estricta, propia de la normativa laboral y de la gestión de la gran maquinaria oficial. Así, la incorporación del profesorado tiende hacia una endogamia progresiva. ¿Por qué? Pues porque no hay posibilidad de contratar discrecionalmente, rápidamente, con retribución ajustada a su valía y prestigio, a los mejores profesores. Profesor es el que sabe, el que tiene conocimientos que transmitir, el que procura el aprendizaje real de sus alumnos. Estoy cada vez más convencido (y soy profesor vitalicio por oposición, con más de treinta años explicando en la universidad, veinticuatro de ellos como catedrático) que para explicar, por ejemplo, cuestiones relativas a la banca, la universidad requiere la colaboración docente de quienes han triunfado en la banca. ¿Quién tiene que explicar bioquímica industrial? Los bioquímicos que posean una larga experiencia de trabajo en la industria. La universidad debe, como en otros países, buscar a los mejores y ofrecerles dar unas clases, clases de primera categoría porque transmiten «la fuerza de lo vivido», al mismo tiempo que proporcionan la diversificación de las enseñanzas, tan necesaria para la especialización y actualización profesional. ¿Qué carreras se siguen en la universidad actual? Prácticamente las mismas de hace veinte años, si bien es cierto que en el segundo ciclo de algunas carreras se han establecido diversas especialidades. Es el título académico y no la formación lo que prevalece en la ordenación de las enseñanzas superiores. Salvo los estudios de Informática y de Ciencias del Mar, pocas modificaciones han acaecido en la estructura universitaria de hace tres o cuatro décadas. ¿Dónde están la diversificación y la formación permanente? ¿Y los cursos avanzados intensivos? Se impone una gran flexibilización para ajustarnos a la realidad cultural y laboral de nuestros días. Que expliquen los que saben y que los estudiantes aprendan lo que quieran. Junto a unos títulos como credencial mínima que siempre existirán para el ejercicio de determinadas profesiones, la mayor parte del mercado del trabajo se ofrecerá a quienes demuestren aptitud, a quienes su trayectoria profesional acredite como más adecuados.

—*Yo estoy muy de acuerdo en tu planteamiento. Ahora bien, descendiendo de este plan a la realidad, ¿qué es lo que más urgentemente habría que hacer en el sistema educativo español?*

—Dejar de incorporar a profesores vitalicios de manera prematura y dejar de incorporar a los alumnos a través de sistemas como la selectividad actual. Creo que la oferta que ha hecho el Ministerio en este aspecto concreto, la revisión a fondo de los mecanismos de selección para hacerlos más jus-

tos, más objetivos y más individualizados a la vez, es el camino acertado. Para ello, hay que dedicarle más dinero y más personas, con el fin de saber exactamente cuáles han sido las capacidades y los méritos demostrados por cada alumno. Por cada uno. Es este un aspecto que considero fundamental: cuando hace unos días asistía al «Foro de Moscú», pensaba que estamos al final, incluso en la Unión Soviética, de la colectivización, que se está iniciando la larga marcha de la personalización, la personalización sanitaria frente a la colectivización que se ha intentado introducir. Cada paciente, como cada alumno, cada estudiante, es distinto. ¿Qué tiene que hacer una sociedad que crea realmente que el futuro de los pueblos dependerá de la formación de sus ciudadanos? Personalizar la educación y personalizar, por tanto, las pruebas de acceso. La selección no puede hacerse con una «plantilla»: el que obtenga 6.5 entra en la facultad que desea, y el que obtenga 6.4 no puede entrar. ¿Qué es eso? ¿De qué ha servido toda la historia personal del estudiante? ¿De qué han servido los esfuerzos que haya hecho? ¿Y de los informes de sus profesores? ¿Y el nivel del instituto o centro donde se haya formado? La solución a los sistemas de incorporación ya la han dado las naciones más avanzadas: en lo que se refiere a los profesores, contratan a quienes, según su valía acreditada, pueden facilitar la formación del alumno, sin tener necesariamente en cuenta requisitos académicos convencionales, ofreciendo retribuciones acordes con el prestigio y el nivel alcanzado. Sólo al cabo de unos años de servicios satisfactorios se puede obtener un contrato permanente. En lo que se refiere a los estudiantes, las pruebas de selección deben sustituirse por un proceso de selección. Un proceso en el que el estudiante es el protagonista, y no la Administración o la universidad. Para que la universidad funcione, cada palo debe aguantar su vela, los profesores y los estudiantes. En general, cuando aprobamos una asignatura decimos; «*He aprobado*»... y, cuando suspendemos, «*Me han suspendido*». El suspenso lo ha dado una administración educativa injusta. Esta reacción, que es muy humana, la han tenido en cuenta en varios países, que han aplicado la solución siguiente: nosotros no vamos a juzgar al alumno; se va a juzgar él mismo. Y se dan dos o tres años para que cada estudiante se «autoseleccione». En pruebas colectivas de uno o dos días, las posibilidades de error son muchas. Pero si en dos o tres años se ha demostrado, por ejemplo, escaso rendimiento y afición a la biología y fisiología básica, es obvio que no puede pretenderse estudiar Medicina. Así es como se selecciona, a través de múltiples evaluaciones y entrevistas personales. Sólo los que han conseguido determinado número de «créditos» (calificaciones) pueden aspirar a seguir determinados estudios en determinadas universidades. También las becas y ayudas deben concederse directamente a los estudiantes, según la situación económica familiar, lugar y tipo de estudios... La solución, en el caso de las subvenciones estatales, radica en que sea el

«LOS TÍTULOS LOS
CONCÉDELA
UNIVERSIDAD,
Y LOS COLEGIOS
PROFESIONALES
REGULAN EL
EJERCICIO DE LA
PROFESIÓN Y, EN
ALGUNOS CASOS,
FACILITAN LA
REALIZACIÓN DE
CURSOS DE
FORMACIÓN
INTENSIVA
EN TEMAS
DE ACTUALIDAD»

estudiante el que llega «con el pan bajo el brazo». A todos los niveles.

En síntesis, en este campo como en otros que tienen que ver directamente con el bienestar, la transformación que debe realizarse es muy profunda. Es una auténtica revolución. Pero no la va a realizar el Estado sólo. El Estado tiene muchas urgencias y sólo podrá acometer un cambio de esta índole si la sociedad —que significa las fuerzas civiles, las asociaciones profesionales, las instituciones financieras, etc.— se moviliza para este fin. Porque, ¿qué responsabilidades asumen las asociaciones profesionales en España? Los títulos los concede la universidad, y los colegios profesionales regulan el ejercicio de la profesión y, en algunos casos, facilitan la realización de cursos de formación intensiva en temas de actualidad. Cuando dirigimos nuestra mirada exclusivamente al Estado estamos siguiendo una especie de instinto, que viene de antiguo, que consiste en considerar al Estado como nodriza, como una alta instancia a la que se «elevan» las solicitudes, a la que se le «suplican» las peticiones. Todo esto acarrea una inercia, unas adherencias que hacen que no seamos capaces de reaccionar, en cuanto a sociedad, ante estos problemas. Somos espectadores en lugar de actores. Y nos jugamos demasiado todos para que nos limitemos a comentar: «¡Hay que ver lo mal que lo está pasando este u otro ministro!» No: lo mal que lo está pasando este país, que no ha sabido a lo largo de una serie de años de cierta normalidad, durante los que se han despertado muchas expectativas en la gente joven, ocuparse de estos problemas ni considerarlos prioritarios. Se trata, en último término, de una cuestión de prioridades nacionales. ¿Qué representa la educación en el presupuesto nacional? ¿Qué porcentaje del producto interior bruto va a parar a la universidad? La mitad de lo que se dedica a estas finalidades en la Comunidad Económica Europea. En un sistema de libertades públicas, las prioridades no sólo las establece el Gobierno. Las prioridades son el reflejo de la voluntad nacional, expresada a través de los cauces de representación adecuada. Por eso, no es conveniente la existencia de mayorías que puedan llegar a desdeñar y desoír las voces de otros sectores sociales con otros planteamientos ideológicos.

—Y, sin embargo, de la crisis sólo saldremos si somos capaces de tener imaginación y de llevar a cabo una actualización constante de nuestro conocimiento.

—Algunas grandes instituciones están haciendo ya cursos de formación intensiva. Es previsible que muchas más sigan el mismo camino, ya que es una exigencia de la actualización constante, de la formación permanente. En el último número de la revista «Fortune» aparece un artículo que demuestra que a los cuarenta y cinco años empieza a haber mucha gente que «salta» de sus primeros empleos. ¡A los cuarenta y cinco años! En plena «juventud laboral», esa gente se encuentra con que tiene que actualizar sus conocimientos o buscar otras

aplicaciones nuevas a sus conocimientos básicos. Bien sea en la universidad, que debe diversificar su oferta de enseñanza especializada, utilizando a todos los que tengan algo que explicar, bien sea en las empresas, bien en fundaciones privadas que faciliten el profesorado y los equipos que requieren cursos de esta naturaleza, lo único verdaderamente importante en la civilización del conocimiento es adquirir nuevos saberes y destrezas y, en consecuencia, toda posibilidad de aprendizaje ágil y flexible contribuye a avanzar por el buen camino.

—¿Y ese laboratorio podría ser la UNESCO? Tú sabes que la UNESCO también ha recibido críticas que tú conoces muy bien. ¿Crees que la UNESCO cumple ese papel?

—La UNESCO debe favorecer la cooperación multilateral para la solución de estos problemas. Ahora bien: para lo que estamos comentando existen fórmulas que han dado resultados satisfactorios en otros países, y España lo que tendría que hacer, en lugar de pretender ser original en este tema, es incorporar a su propia experiencia la de aquellas naciones que se adapten mejor a nuestras características. La UNESCO tiene excelentes trabajos publicados sobre la educación permanente, metodología didáctica, etc. Al hablar de educación pensamos en el profesor, en la escuela. Sin embargo, una vez más, se trata de un proceso que no puede parcelarse ni atribuirse en exclusiva a los profesores y centros educativos. La educación depende de los medios de comunicación y de entretenimiento, de la capacidad que tenga la familia, de las posibilidades, en suma, de disponer de una «educación a la carta» gracias a los ordenadores y sistemas audiovisuales. El aprendizaje no se limita a la instrucción que se recibe en un centro docente durante unos períodos de tiempo establecidos, sino lo que se aprende en casa, en la calle, a través de los medios de comunicación y, muy singularmente, de la televisión omnipresente.

La metodología del aprendizaje ha evolucionado extraordinariamente en los últimos años y hoy permite, como antes indicaba, una mayor personalización de la docencia. Pero para ello es necesario que los profesores, a todos los niveles, dispongan del tiempo suficiente para el aprendizaje de la metodología. Muchos maestros y enseñantes tienen tal carga docente «habitual» que no pueden adquirir los conocimientos técnicos necesarios para el adecuado uso de los nuevos instrumentos didácticos. Por eso propuse unos «períodos sabáticos», de tal modo que cada tres años, por ejemplo, todos los profesores pudieran dedicarse tres meses a actualizar sus conocimientos, a manejar los nuevos instrumentos. En el año 82 hice un estudio de la utilización promedia del material didáctico que en aquel entonces se facilitaba a los centros escolares. La utilización no llegaba al 20 por 100. Como vemos, incluso desde un punto de vista económico, facilitar el

*«LA METODOLOGÍA
DEL APRENDIZAJE HA
EVOLUCIONADO
EXTRAORDINARIA-
MENTE EN LOS
ÚLTIMOS AÑOS
YHOYPERMITE, COMC
ANTES INDICABA,
UNA MAYOR
PERSONALIZA CION
DE LA DOCENCIA»*

«LA UNESCO HA
TRATADO ALGUNAS
DE ESTAS CUESTIONES
CON GRAN ALTURA
DE MIRAS, CON
ENFOQUES
PROCEDENTES DE
LAS MAS DIVERSAS
CULTURAS»

remozamiento del profesorado es absolutamente angular en un sistema educativo eficiente.

Es muy difícil predecir cuáles van a ser las necesidades de especialidad dentro de veinte o veinticinco años, cuando se calcula que durante este tiempo se producirá una tal transformación en el panorama del saber que el 60 por 100 de los conocimientos del año 2010 no existen ahora. ¿Cuál es entonces la formación que debe darse a un alumno que empieza ahora, con cuatro o cinco años, su formación?: los hábitos, las actitudes y las aptitudes que constituyen el substrato cultural básico, una especie de plataforma desde la que se pueden incorporar los nuevos conocimientos y oficios que convenga. Lo importante es aprender a pensar, a razonar, a manejar una serie de métodos de formación, a retener lo que sea realmente esencial para el establecimiento de un raciocinio propio, del uso de la libertad, del mantenimiento de las posiciones propias de la dignidad humana en cualquier circunstancia. Es este el esquema, en mi opinión, que debe orientar la confección —siempre inacabada por inacabable— de los «contenidos» educativos. Este es un tema apasionante. Todos dogmatizamos. Existen una serie de intereses corporativos, ideológicos, gremiales, que tratan de dirigir el agua a su molino. Es aquí donde el arbitraje e inspiración de las organizaciones internacionales especializadas puede ser de gran utilidad. La UNESCO ha tratado algunas de estas cuestiones con gran altura de miras, con enfoques procedentes de las más diversas culturas. Y conste que todavía hubiera podido recibir mejor orientación en algunas de las facetas más controvertidas si hubiera utilizado con mayor intensidad el mejor patrimonio que tiene la UNESCO: el de las organizaciones no gubernamentales que, como una constelación, la circundan. Es en ellas en donde reside el mayor poder intelectual.

—En todas tus intervenciones has hecho una apología de la flexibilidad y del no detenerse en el examen de la coyuntura problemática sino mirar al futuro. ¿Crees que la UNESCO puede jugar un papel en el futuro, en ese futuro educativo? Es que hay una tendencia a ver que el peso numérico de determinado tipo de país le puede dar un enfoque que puede no interesar a otro tipo de países.

—Es evidente que el proceso educativo permite depositar, como en un largo surco, la semilla ideológica que interese a las instancias de poder. Esto sucede en los regímenes autoritarios o cuando el desequilibrio entre las fuerzas políticas o entre el poder político y civil permiten actuaciones autoritarias en sistemas de contrastadas libertades públicas. Pero en este caso no se puede hablar de educación, sino, a lo sumo, de instrucción. No son pocos los países que presumen de su sistema educativo, cuando en realidad se trata de un eficiente sistema de adoctrinamiento. Se aprenden unas habilidades manuales, unas destrezas, unas profesiones, pero eso nada tiene que ver con el proceso educativo del que estamos

hablando. La UNESCO conoce bien estas mareas ideológicas y ha demostrado saber nadar sin zozobrar en estas aguas. Ahí están sus publicaciones y sus recomendaciones, extraordinariamente atinadas, en relación a cómo debe ser un proceso educativo de calidad que se anticipe con la mayor clarividencia al futuro, con el fin de configurarlo. Las pautas educativas de la UNESCO, al igual que las que ha producido en relación a la investigación científica y técnica, deberían ser tenidas en cuenta en mayor grado. Estoy convencido de que el sistema de Naciones Unidas, renovado, puesto al día, va a ser más necesario que nunca a medida que nos adentremos en el próximo milenio que, a pesar de todo, presenta muchas más luces que sombras. Si se consiguen disipar las amenazas que se ciernen sobre el futuro de la condición humana con la fuerza infinita de su capacidad creadora, si la humanidad no se rinde ante su propia obra, como una realidad impuesta e indómita, si gana la única lucha a la que, en lo sucesivo, deberían dedicarse todos los medios y esfuerzos, la que permita vencer la ignorancia y favorecer el cultivo intelectual de toda mujer y de todo hombre del planeta, entonces la condición humana habría alcanzado su máximo objetivo en la tierra: inventar su propio futuro.

J. T.

